



NOE
CASADO
Y NO ME
IMPORTA
NADA

ICE STAR, 1

Y no me importa nada.
Ice Star, 1

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Anna Subbotina / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25483-6
Depósito legal: B. 1604-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

9.01

Miércoles, 1 de abril de 2015

Oficinas provisionales del Grupo Especial Antimafia
(GEAM)

En un lugar indeterminado de la provincia de Soria

Cris

—Buenos días a todos. Sentaos, por favor.

Miro al grupo de desconocidos que, al igual que yo, toman asiento en unas sillas que han visto tiempos mejores.

Hemos sido convocados de una forma tan extraña y rápida, que yo he estado a punto de no venir. Si he accedido es porque la convocatoria la firmaba el comisario Saravia, mi exmarido.

Y ahí está, mirándome con disimulo. Yo no voy a contarle a nadie nuestro pasado en común y algo me dice que Jaime tampoco.

—Os estaréis preguntando qué hacéis aquí —dice, de pie frente a nosotros. Se apoya ligeramente en la mesa y cruza los brazos.

Llevamos tres años divorciados y aún me parece sexi.

Quita, quita, mejor me concentro en otros asuntos, no vayamos a tener un disgusto. Aparte de mi ex y de mí, hay cuatro personas más, dos mujeres y dos hombres. Paridad, por lo visto.

—Para empezar, os diré que se ha creado un grupo especial para combatir nuevas formas de delito que se están imponiendo hoy en día —explica en tono afable, aunque muy profesional.

Al parecer, los presentes hemos sido seleccionados para el nuevo grupo.

Escribe en la pizarra blanca las letras GEAM.

Doy por hecho que es un acrónimo.

—¿GEAM? —pregunta la chica que se ha sentado a mi izquierda. Una mujer de color, con un pelazo increíble.

—Grupo Especial Antimafia —aclara Jaime.

—Qué original —murmuro, solo me oye la chica, que me sonríe y asiente.

—Me llamo Olga —se presenta en voz baja.

—Yo Cristina —respondo también en un susurro, y nos ganamos una mirada de advertencia de mi ex.

Él rara vez alza la voz, es más partidario de fulminarte con la mirada, y con esos ojos grises que se gasta, funciona. Bueno, funciona con la gente que no lo conoce, conmigo hace tiempo que no tanto.

Me parece muy raro que haya contado conmigo, en especial tras nuestro último encuentro, hace ya casi un año, cuando coincidimos en la notaría para firmar la venta del apartamento, ya que por fin había aparecido una compradora dispuesta a pagar el precio.

Fue un encuentro frío, sobre todo por mi parte, porque aún seguía resentida con él. Jaime intentó ser amable, me invitó a comer y yo lo mandé a paseo.

—Empezaré con las presentaciones —dice, sin salirse de su papel de comisario.

Hoy lleva unos vaqueros negros y una camisa blanca; se conserva muy bien para haber cumplido los cuarenta y cinco. Y por rumores que me llegan, porque a la gente le encanta chismorrear y contarte cosas de tu ex para ver si te pones verde de envidia, compañía femenina no le falta. No las culpo, Jaime es de esos hombres que saben seducir sin que te des cuenta.

Conmigo, desde luego, así fue. Jaime era uno de los instructores. Yo, psicóloga recién licenciada, con poca o ninguna posibilidad de encontrar trabajo o de montar despacho propio, así que terminé en la Academia de Policía y liándome con un profesor unos años mayor.

Disimulamos durante un tiempo, pero al final me casé con él. Lo fueron ascendiendo hasta llegar a comisario y yo comencé a ejercer como psicóloga de policías problemáticos, con escaso control de la ira, con los que me desespero. O bien de agentes traumatizados tras una experiencia complicada, los más difíciles. Y lo más aburrido, hacer evaluaciones psiquiátricas para ver el estado de la plantilla.

Me habría gustado más ejercer con personas ajenas a la Policía; sin embargo, aún no he encontrado el modo de montar mi propia consulta y me tengo que conformar con esto.

Mi relación con Jaime era buena y estable, o eso creía yo, hasta que lo pillé follando a una novata en los aseos de un restaurante durante la cena de Navidad. Claro, yo me cogí un cabreo de tres pares y Jaime dijo que iba pedo, que ella se le había echado encima. Lo de siempre y, por supuesto, me largué de casa y pedí el divorcio.

Él intentó convencerme de que recapacitara y se empleó a fondo. Me repitió que la chica era la responsable, que lo había seducido. ¡Ja! Encima echando balones fuera, algo que odio. Y de ninguna manera caí en la trampa de ir a tirarle de los pelos a una desconocida. El responsable al cien por cien era Jaime. Así que me mantuve en mis trece y no cedí. De forma que, tras seis años de matrimonio y uno de amantes de tapadillo, nos separamos. A él lo trasladaron y yo seguí en mi puesto.

Una cosa hay que reconocerle a mi ex, vengativo no es. Tampoco es que se aireara mucho el asunto. A pesar de que surgieron todo tipo de especulaciones sobre nuestro divorcio, ambos mantuvimos silencio y al final, como ocurre casi siempre, surge otro cotilleo para entretenerse y listo.

—Y, por último, ella es Cristina Líster. Psicóloga —dice Jaime señalándome.

Entonces me doy cuenta de que he estado absorta en mis elucubraciones y no he escuchado nada de lo que han dicho. Genial, comenzamos de puta madre. Sonríó para disimular, porque todos me están mirando, incluido mi ex, que tal vez sospecha que no he prestado mucha atención.

—Bien, hechas las presentaciones —prosigue—, vamos a lo que importa: nuestro objetivo.

Un tipo, que aparenta tener veintipocos años, levanta la mano.

—Esto... una duda...

—¿Sí? —replica Jaime con tono de ¿cómo te has atrevido a interrumpir?, que evidentemente no capta el chaval, porque prosigue:

—Yo acabo de salir de la academia, y vaya por delante que agradezco el hecho de que me haya llamado, comisario, pero ¿no sería más lógico contar con personas con experiencia?

Confirmado, un novato. A ver lo que tarda en aprender la regla número uno: cuando el jefe (comisario) dice «mierda», todos han de responder «¡presente!». Traducido: oír, ver y callar.

Jaime sonríe comprensivo y la otra chica, de la que no sé todavía el nombre ni qué pinta aquí, le pone ojitos. Huy, huy, a ver si la vamos a liar...

—Mira, Antonio, comprendo tu punto de vista —responde Jaime, y yo, que lo conozco, sé que su tono comprensivo es falso—; no obstante, deberías considerar esto como una oportunidad única. Te vas a ahorrar mucho trabajo desagradable y aburrido. Además, en principio no vas a estar en primera línea. Tu función será de apoyo.

—Ah, vale —murmura el chico, no sé si muy convencido.

—Sigamos entonces —indica Jaime—. El subinspector Julio Vega me ayudará en la coordinación de todo el operativo.

Vale, el tipo de barba se llama Julio. Subinspector. A este tampoco se le replica.

El aludido se pone de pie, se acerca a él y le entrega una memoria USB, lo que indica que existe confianza entre ellos.

—Vamos a repasar un informe sobre uno de los tipos a los que vamos a investigar, que se ha afincado en España. Interpol, que ya lleva tiempo tras él, nos lo ha remitido —dice Julio.

«Genial», pienso y disimulo un bostezo.

Apagan las luces y la primera imagen que aparece en la pantalla es la de un hombre que...

—Joder, qué rubio tan chulazo —comenta Olga a mi lado.

—Y que lo digas —convengo, y me quedo corta.

Nos ganamos una mirada reprobatoria de los hombres. La otra mujer parece absorta en mi ex, aunque él creo que aún no se ha dado cuenta, está pendiente de mí.

—¿Noruego? —sugiere Olga, emocionada e interesada, igual que yo.

Ojo, no en la misión, sino en el maromo.

Madre del amor hermoso.

—No —responde Jaime cortante, y entiendo que no quiere entrar en esos detalles, a no ser que lo decida él mismo.

—¿Finlandés entonces? —insiste Olga.

—Polaco —aclara Jaime, tras fulminarla con la mirada.

—Qué interesante —apunto yo.

—Vamos a centrarnos en lo importante —pide Julio, aclarándose la garganta—. Este tipo es el heredero natural de Olaf Bogdanov.

En teoría, todos los allí presentes deberíamos saber quién es ese tal Bogdanov, pero yo ni pajolera idea, ya preguntaré más tarde, aunque, teniendo en cuenta las circunstancias, seguro que no se trata de un filántropo del Este.

Julio pasa la imagen y vemos a un vejstorio.

—Un mafioso, exmilitar ruso, que hizo fortuna vendiendo secretos y armamento militar tras la caída de la URSS. Digamos que es, bueno, era, el ejemplo perfecto de mafioso. Los negocios típicos.

—Entonces no lo comprendo, ¿no hay una Unidad para eso? —pregunta la chica de momento sin nombre, solo para que Jaime le preste atención.

—Eugenia, no interrumpa —le espeta mi ex.

Vale, ya sabemos cómo se llama y está claro que Jaime no está por la labor de entablar con ella algo diferente a una relación profesional.

—Como iba diciendo —prosigue Julio—, el tipo en cuestión falleció hace dos años, dejándole todo su imperio mafioso, y les aseguro que no eran cuatro cosillas, a su protegido. Aunque, según nuestros informes, ya hacía tiempo que este llevaba el control de todo.

Vuelve a aparecer la imagen del chulazo rubio y de nuevo Olga suspira y yo la imito. Hasta creo que me voy a abanicar.

—Esta misión empieza a gustarme —comenta ella, haciéndome reír.

—Aún no ha empezado ninguna misión —le suelta mi ex.

Y nos ganamos otra mirada de advertencia. Sé que, debido a nuestro pasado común, Jaime no me mandará callar como a la otra, pero no sé cuánto tiempo me tolerará este comportamiento.

—Su protegido, ese que por lo visto levanta pasiones —dice Julio con sarcasmo, y pasa a la siguiente imagen, en la que se ve otra vez al chulazo polaco, ahora con gafas de sol—, heredó todo un imperio ¿y qué creen que hizo?

Olga y yo nos miramos y nos leemos el pensamiento: *Oh my God!*

—No dar un palo al agua y vivir de las rentas —respondo, callándome que lo más probable es que se esté dando la vida padre, rodeado de mujeres y lujos en la costa.

—Cristina, por favor —me reprende Jaime.

—Pues no, señorita Líster —me contradice Julio; desconozco si estará al tanto de la relación entre el comisario y yo—. El tipo, en vez de vivir de las rentas o continuar con el legado, se ha modernizado y ya no se dedica al tráfico de armas, ni de drogas, y creemos que tampoco de mujeres. No del modo habitual, en todo caso.

—Qué raro... —susurra Antonio, el novato, que intenta, creo yo, congraciarse con los jefes.

—Mucho, porque sus negocios, en apariencia legales, son casi la tapadera perfecta.

—¿Qué tipo de negocios? —inquieta Eugenia.

—Dirige empresas que podríamos denominar logísticas, que se dedican a dar servicio a los mafiosos tradicionales. Y no solo eso, se sospecha que está metido de lleno en las apuestas deportivas de internet y ya, para rematar, acaba de inaugurar un club de lujo.

Siguen pasando imágenes del tipo. Jo...der, en todas se lo ve impresionante. Casi siempre viste camisa gris y pantalón negro. Lleva un corte de pelo moderno y gafas de sol, lo que impide ver sus ojos, y en las fotos en las que no las usa, no se puede saber el color.

—Así, a ojo, le calculo un metro noventa —pondera Olga, y asiento—. Y es evidente que hace deporte. Joder, cómo está la mafia.

—Centrémonos, por favor —nos pide Jaime.

—En estas fotos —prosigue Julio—, vemos el club que acaba de inaugurar, lleva apenas tres meses en funcionamiento, el Ice Star.

—¿Un club para ricos? —pregunta Eugenia, que parece la más aplicada de la clase, no ha hecho ni un solo comentario sobre el buenorro rubiales.

—Se podría decir que sí —responde mi ex, y, puesto que no me queda más remedio, me fijo en la pantalla—, pero no es solo un lugar de esparcimiento. Se sospecha que ha instalado ahí su cuartel general de operaciones. También creemos que ese establecimiento no es un club común, donde van los ricos a divertirse, sino un club... —Se detiene y se lo nota indeciso.

Veo un edificio espectacular, de diseño moderno, con clase, en forma de pirámide. En la parte superior se adivina una gran terraza acristalada. Da la sensación de ser más un hotel de esos en los que te cobran una fortuna por cualquier pijada.

—¿Un club de emociones fuertes? —apunto, utilizando un eufemismo y mirando a Jaime y él asiente no muy cómodo, pues en una ocasión nos dio por ir a uno de esos lugares de intercambio, para revitalizar nuestro matrimonio, y él fue el primero en decir que aquello no le gustaba. Yo me habría quedado un rato más a explorar; sin embargo, no pude hacerlo.

—Ostras, vaya misión más cojonuda —comenta por lo bajo Olga.

—Entre otras cosas —añade mi ex—. El caso es que no nos interesa qué hace en ese club la gente adinerada, la cuestión es que tenemos serias dudas de si las mujeres que allí... «trabajan» —se aclara la garganta— lo hacen libremente. Y, por supuesto, queremos conocer al detalle los negocios que se cierran en ese local.

Siguen pasando fotos en las que vemos al mafioso macizo en diferentes ambientes, siempre rodeado de lujos y de otros tipos fornidos y con traje, que también parecen haber pasado un casting de cachas.

No hay mujeres cerca, bueno, a excepción de una que aparece en varias instantáneas con el polaco. Una tan rubia e impresionantemente como él.

—Me da la sensación de que está pillado —me dice Olga en voz muy baja, y cubriéndose la boca con la mano.

Yo asiento.

—¿Y por qué no organizamos una redada? —propone el novato, y todos sin excepción lo fulminamos con la mirada.

Julio se rasca la barba antes de responder.

—A ver, chaval, lección número uno: nadie, ningún juez, nos va a dar una orden de registro.

—Perdón —murmura avergonzado—. ¿Y qué se puede hacer?

—Lección dos: escuchar a tu superior —le suelta Julio—. Siempre.

El chico asiente.

Me dan ganas de decirle que o aprende rápido o las va a pasar canutas. Todos hemos sido novatos y hemos vivido lo de no saber por dónde te da el aire. Por eso el lema es oír, ver y callar; para no meter la pata.

—Bien, como iba diciendo antes de las interrupciones —sigue el subinspector Vega—, es evidente que, ahora, el modelo de actividades delictivas ha cambiado y por eso se ha creado esta unidad.

—Y nuestro objetivo es buscar pruebas sólidas —sentencia Jaime.

Eugenia, que ha aprendido la lección, levanta la mano para hablar y mi ex le hace un gesto para que lo haga.

—¿Qué tipo de operativo se va a poner en marcha?

Olga, a mi lado, susurra algo parecido a «pelota» y también levanta la mano.

—Hablaremos del operativo enseguida —contesta Jaime, y después señala a Olga para que formule su pregunta—. ¿Sí, señorita Matallana?

—¿Cómo se llama el chulazo, perdón, el interfecto? —inquire Olga.

Yo me río entre dientes.

11.15

Miércoles, 1 de abril de 2015

Oficinas provisionales del Grupo Especial Antimafia (GEAM)

En un lugar indeterminado de la provincia de Soria

Cris

—Menos mal que nos han dejado salir a tomar un café —comento junto a la máquina.

Me acompañan Olga y el novato.

—Nos han dado la chapa y pintura —añade Olga, que carece de filtro verbal.

De reajo, observo que mi ex sigue pendiente de mí. No me gusta. Algo trama.

Hay unos cuantos psicólogos disponibles y me llama a mí. A saber qué malignas intenciones oculta tras su apariencia de comisario respetable.

Jaime es de esas personas que sabe esconder bastante bien lo que siente, cuando le interesa, claro. Por eso ha llegado a comisario. Pero mientras duró nuestro matrimonio, llegué a conocerlo bastante bien y conmigo ya no le servían sus expresiones tan políticamente correctas, por eso ahora estoy con la mosca detrás de la oreja.

—Pues para ser de máquina, este café no es tan malo —afirma el novato.

—Joder que no, vaya mierda —apunta Olga con cara de asco, aunque se lo bebe.

—Recuelo y gracias —añado yo, que también me lo tomo; más que nada porque no hay otra cosa.

—Ya podrían estirarse un poco y sacar un piscolabis —murmura Olga en voz baja, para que no nos oigan los jefes.

—Habrà que acostumbrarse —dice el novato.

Olga y yo nos miramos y ella replica:

—Chaval, no te conformes con esta mierda.

—Y hablando de todo un poco, ¿por qué pensáis que nos han seleccionado? Yo no me he apuntado a nada —les explico.

—Porque somos los mejores —responde Olga toda chula, y nos echamos a reír.

Cada vez me cae mejor. Presiento que este va a ser el inicio de una gran amistad.

—En serio —insisto sonriendo—, ¿no habéis oído nada por ahí?

Mis compis de máquina de café/recuelo niegan con la cabeza. Es evidente que solo Jaime y Julio saben qué se cuece. Bueno, tendremos que esperar.

Podría acercarme a mi ex y preguntarle directamente, pero no quiero aprovecharme de nuestro pasado.

Nos hacen una seña para que volvamos a la sala de reuniones y nos sentamos de la misma manera que antes de la pausa para el café. Jaime retoma la charla, no sin antes mirarnos serio para que guardemos silencio.

Cuando se fija en mí, arqueo una ceja con cierto descaro y él sonríe con disimulo.

¿Está coqueteando conmigo?

Peor aún, ¿soy yo quien coquetea con él?

—Como habréis imaginado, vamos a investigar a este tipo. —Señala la pantalla, en donde vemos otra foto de esas que te revolucionan.

Creo que Olga ha suspirado.

El interfecto, vestido con el que parece ser su uniforme, camisa gris de esas con leve brillo, que puede parecer de chulo hortera, y pantalón negro de vestir, con pinta de estar hecho a medida, apeándose de un Ranger Rover Sport negro.

—Aún no sabemos cómo se llama —interviene el novato.

Pongo los ojos en blanco, este chico no aprende.

—Dejaremos ese detalle y otros para el final, cuando todos los presentes —mi ex hace una pausa y nos mira a Olga y a mí—, y, en especial, todas, hayan aceptado atender las explicaciones.

—Ah, perdón... —murmura Antonio, no sé si avergonzado.

—Bien —retoma Jaime—, queremos infiltrarnos en su club, pero antes de que alguien interrumpa de nuevo, diré que el operativo pretende ir más allá, de ahí la presencia de la señorita Galán, nuestra ingeniera informática.

Mira qué bien, ya sé a qué se dedica la modosita, porque desde hace un rato, ni mu ha dicho.

—Lo que el comisario plantea —toma la palabra Julio— es que vamos a combinar un operativo convencional con otro tecnológico. La señorita Matallana —señala a Olga—, entrará a formar parte del servicio de limpieza del club.

—¡¿Cómo?! —replica ella ofendida, y la comprendo, yo hubiera reaccionado igual.

—Señorita Matallana, es el puesto idóneo para usted —indica Jaime.

—Es porque soy negra, ¿verdad?

—No —responde Julio, y detecto cierta incomodidad, porque a ver cómo sale de esta—, es por su perfil.

—¿Perfil? ¡Soy subinspectora de policía! —se queja con razón Olga.

—Lo sé, por eso está aquí, créame. Y si la hemos elegido para este operativo es por su hoja de servicios.

Olga arruga el morro, las alabanzas siempre ayudan.

—¿Y qué tendré que hacer exactamente?

—Como trabajadora de la limpieza, tendrá acceso a la mayor parte del club, así podrá observar cualquier movimiento, horarios y rutinas.

—No me convence —admite ella.

—Su labor resultará fundamental —insiste mi ex—. Necesitamos a alguien dentro que pase desapercibido y que pueda moverse libremente. Y esa es usted.

—¿Y por qué no lo hago yo? —inquiero, solo por el placer de poner a prueba a Jaime.

—Para ti, perdón, para usted, señorita Líster, hay otro cometido que enseguida le explicaré. Sigamos con la señorita Matallana. Una vez que esté dentro, no hará llamadas ni fotografías ni se llevará ningún documento.

—Entonces, ¿qué pinto yo allí, limpiando váteres?

—La información que considere relevante nos la transmitirá de viva voz y en persona —explica Julio—. Bien a mí o bien al comisario Saravia. Sin intermediarios.

Cuánto secretismo, pienso o puede que no se fíen de nadie, porque, si bien yo no he participado nunca en operativos, sí me han contado que siempre hay un bocazas que, por abrir el pico, lo jode todo.

—Para ello —tercia Jaime—, contactaremos con usted de forma segura, no se preocupe.

—Sí, señorita Escarlata —conviene Olga con el tonito servil archiconocido de la criada negra de *Lo que el viento se llevó*.

Yo sonrío, aunque a Jaime y a Julio les haya sentado como una patada en los huevos.

—Tras la pausa cómica —dice mi ex con sorna—, seguimos. Usted —señala al novato—, no podemos enviarle a realizar trabajos de campo, ya que, como bien ha dicho, carece de experiencia; no obstante, apoyará a sus compañeros para facilitarles la tarea, es decir, realizará funciones logísticas. Y además nos servirá de traductor de polaco.

—Lo de traductor lo pillo, pero ¿qué tipo de trabajos, señor comisario? —pregunta el aludido.

Ya empezamos a hacer la pelota.

—Traer el café, vamos, y comerte los marrones —comento por lo bajo, y Olga asiente.

—Procesará y traducirá la información —explica Julio— y apoyará a la señorita Líster.

Doy un respingo.

Aunque no debería hacerlo, levanto la mano, como una buena alumna, para pedir la palabra.

—Enseguida le explicaré su misión —dice mi ex sin esperar a que haga la pregunta—. La señorita Galán gestionará todo el operativo informático, pues es de vital importancia que todos los dispositivos móviles estén controlados. Estaremos localizados en todo momento, ella leerá nuestros correos, whatsapps, vigilará las ubicaciones y las comunicaciones y lo registrará, además intervendrá de forma remota si es necesario.

Observo cómo Eugenia se hincha como un pavo, pues en este operativo va a tener una relevancia considerable. No como Olga, que será una fregona/espía.

—Por último, vamos con usted, señorita Líster.

—Llámame Cristina, por favor —le pido a mi ex, y él arquea una ceja.

Creo que todos los presentes ya están especulando sobre por qué lo trato de esa forma. Bueno, tarde o temprano estarán al corriente de todo.

—Señorita Líster —prosigue Jaime sin hacerme caso, qué puñetero es—, usted, como psicóloga, será quien se acerque más a nuestro objetivo.

—¡Qué suerte! —exclama Olga.

—¿En qué consiste eso de «acercarme»?

12.45

Miércoles, 1 de abril de 2015

Despacho (provisional) del comisario Jaime Saravia
(GEAM)

En un lugar indeterminado de la provincia de Soria

Cris

—Cálmate, Cristina —me pide por enésima vez desde que ha soltado la bomba delante de los demás.

—¡No me voy a calmar, joder!

Jaime ha cerrado la puerta de su despacho (llámalo despacho, llámalo trastero, porque está todo manga por hombro), porque sabe que la vamos a tener morrocotuda y yo, que he sospechado todo el tiempo, he tenido que escuchar cómo me proponía, así, con todo el morro, ser una especie de chica de compañía/espía.

—No sé qué parte de «entabla relación con él para ganarte su confianza» no has entendido —me recuerda con retintín.

—¿Y por qué no se acerca Olga y yo limpio los váteres?

Jaime y yo sabemos por qué, por eso quiero oírsele decir, a ver si tiene huevos. Que seguramente los tenga, aunque me conoce y sabe muy bien cómo reacciono ante determinados comentarios.

Él se pellizca el puente de la nariz, está buscando las palabras menos ofensivas. Que no existen, pero si ha llegado a comisario es porque ha sabido manejar la mierda para que huelga lo menos posible y a él no lo salpique.

Permanezco de pie, junto a la puerta, y cruzo los brazos.

—Maldita sea, Cris —masculla, y cuando abrevia mi nombre es que está a puntito de perder la calma o de ponerse cachondo; aunque esto último no es muy probable—. La señorita Matallana es..., mejor dicho, no es una mujer atractiva.

—Ya...

—No llega al uno setenta, está algo rellenita y...

—Es de color —finalizo yo por él, y Jaime asiente.

—Tiene una hoja de servicios impecable, por ese motivo la quiero en este operativo —añade, y se acerca para quedar frente a frente, manteniendo las distancias—. Joder, no seas tan estrecha de miras.

—Perdona si me muestro susceptible —replico con ironía—, pero pretendes que me acerque a un mafioso y lo tenga entretenido. Jaime, joder, que a esos tipos no se los entretiene con conversación.

Silencio. Miradas recíprocas de desafío. Ambos sabemos que la palabra *entretener* tiene demasiadas connotaciones sexuales y también sabe cómo pienso al respecto.

—No te estoy pidiendo que folles con él, ¡hostias! —exclama, y da un paso más hasta casi tocarme.

No lo hace, apoya la mano en la pared por encima de mi cabeza y se inclina hacia mí. Detecto el aroma de su colonia, todavía usa CK One. Fue el primer regalo que le hice antes de casarnos, cuando empezamos a salir en serio.

—¿Ah no?

—No, maldita sea, Cris. Eres psicóloga, por eso te he llamado. Piensa un poco.

—Hay muchas psicólogas en el cuerpo, ¿por qué yo?

—¿Quieres seguir toda tu vida aguantando a policías problemáticos? ¿A tipos blandengues que ante las primeras adversidades se derrumban? ¿Redactando aburridos informes que nadie lee?

Nunca le he ocultado que mi trabajo, si bien no lo odio, tampoco me entusiasma. Me limito a cumplir con lo establecido e implícame lo imprescindible.

—Vaya, ¿sabes tus subordinados que piensas así?

—Responde, Cris. ¿Es lo que buscas?

Qué cabrón. Sabe muy bien que nunca quise trabajar para la Policía, sino tener mi propia consulta; no obstante, tropecé de frente con la realidad y no me quedó más remedio que asegurarme un empleo.

—Ya sabes la respuesta —digo entre dientes, y Jaime sonrío.

—Por eso mismo. Este operativo será un impulso para tu carrera, sin olvidar que te supondrá un ingreso extra, que, si no estoy mal informado, falta te hace.

Estoy segura de que ha hecho alguna llamada para asegurarse de que ando mal de fondos. No da puntada sin hilo.

—No necesito el dinero —alego orgullosa.

—Procura no mentirme; a mí no. Sé que mantener a tu madre en esa residencia te cuesta una fortuna cada mes y que por eso has vendido tu casa y te has mudado a un pequeño apartamento de alquiler.

—Vaya, qué bien informado estás.

—Además, me debes una. Yo moví los hilos para que aceptaran a tu madre en esa residencia.

—Pensaba que lo habías hecho de forma desinteresada —le espeto, y él se encoge de hombros—. Sobre todo, teniendo en cuenta que mi madre te defendió a ti y no a mí cuando nos separamos.

—Porque ella no es ni de lejos tan rencorosa como tú —me suelta—. Y entendió que a veces se cometen errores.

Fue bastante demoledor llegar a casa de mi madre, llorando por haber pillado a mi marido follando con otra, y que, en vez de consolarme y apoyarme, me sugiriera que reconsiderase la idea de divorciarme. Me dijo que a veces los hombres hacen estupideces, por lo que era mejor perdonar y mirar hacia delante.

Claro que era lógico que pensara de esa forma, pues mi padre, antes de abandonarla definitivamente, la engañó una y otra vez. Solo volvía a casa cuando la amante de turno rompía con él y no tenía dónde ir.

Se marchó al poco de cumplir yo los quince y nunca más hemos sabido de él. Desde entonces, mi madre se fue apagando, porque aún lo añora y además cree que una mujer no puede estar sola. Para más inri, su depresión derivó en algo aún peor (si eso es posible) y le diagnosticaron alzhéimer, así que, pese a estar separados, recurrí a Jaime y mi ex tiró de sus contactos para conseguir una plaza en una de las mejores residencias especializadas.

—¿Follarse a una subordinada ahora se le llama error?

—Vamos a dejar el pasado como está —sugiere, porque no le conviene, ni a mí, volver a aquellos días de recriminaciones.

Jaime acorta distancias y se acerca más, aprisionándome con su cuerpo. Es evidente que aún reacciona ante mi presencia y se podría decir que el sentimiento es recíproco. Y es de lo más extraño, pues llevamos separados tres años. Como dice Mecano: «hay llamas que ni con el mar», supongo.

—Sí, vamos a dejarlo —convengo, y él se inclina un poco más. ¿Va a besarme?

Pues lo más probable; sin embargo, en el último segundo giro la cara.

—Por mucho que lo niegues, todavía te pones cachonda cuando estoy cerca. No soy tonto, me he fijado en cómo me mirabas durante la reunión.

—Hoy estamos un poco arrogantes, ¿no? —pregunto, y él sonríe de medio lado, adoptando la perfecta actitud de seductor seguro de sí mismo.

Y no le falta razón, porque me afecta, y mucho. Y no solo porque en los últimos seis meses haya encadenado cuatro desastrosos intentos de echar un polvo decente. Qué mal está el patio para una chica en mitad de la treintena y divorciada.

—Señor comisario, dos puntos, está usted a un centímetro de que le caiga una denuncia por acoso sexual —le informo, y Jaime, lejos de apartarse, más bien hace todo lo contrario, alineando su cuerpo con el mío de tal forma que soy consciente de su erección.

—¿De verdad sería acoso?

—Lo es desde el momento en que te estoy pidiendo que te apartes —replico.

Él, una vez más, se pasa por el forro mis palabras y, además de hacerme partícipe de su erección, baja una mano hasta mi culo y la deja ahí.

—Si no te pusieras unos vaqueros tan ajustados, quizá te dejaría en paz.

Acaba de meterse en un charco de tres pares de narices.

—Ni se te ocurra insinuar que voy provocando —le advierto.

—Anda que no. Sabías muy bien que yo estaba al mando. Podías haberte presentado con ropa recatada, pero no lo has hecho —afirma todo ufano, y, no contento con soltar semejantes perlas, me manosea el trasero.

De haber existido una mínima posibilidad de tropezar con esta piedra otra vez, se la acaba de cargar con sus palabras y, por supuesto, con sus gestos.

—¿Y sabes por qué? —me dice al oído, creyendo que me voy a derretir, como antaño—. Porque ninguno de esos rollos que tienes consiguen satisfacerte. Yo sé lo que te gusta, admítelo y lo tendrás.

—Además de una demanda por acoso sexual, te vas a ganar otra por espiarme.

Jaime tiene la desfachatez de reírse.

—Sabes perfectamente que una denuncia contra mí no prosperaría.

—Aparta tus garras de mi culo. Ahora —exijo sin que me tiemble la voz, y algo ha debido de notar, para que, despacio, eso sí, se retire.

Nos miramos durante unos segundos, ninguno de los dos parpadea. Ha sido un duelo en toda regla. Admitiré que cierta dosis de prepotencia masculina puede excitarme, pero siempre si escojo yo el contexto; sin embargo, mi ex se ha pasado de la raya. Lo sabe, porque hay temas con los que no transijo.

—Cris, tarde o temprano tendrás que aceptar la realidad.

—¿Qué realidad? ¿La de que estamos hechos el uno para el otro? —Asiente y añadido con desdén—: Estamos hechos el uno contra el otro.

—Muy graciosa. En fin, veo que hoy te has levantado peleona, así que lo dejaré estar.

Joder, es que desde que lo nombraron comisario se ha vuelto arrogante hasta decir basta. Alguien tiene que bajarle los humos, aunque hoy no me apetece ser la heroína.

Como no quiero discutir más, agarro la manija de la puerta, dispuesta a largarme. Entonces, Jaime dice:

—Cuento contigo para el operativo.

—Lo pensaré.

10.00

Viernes, 29 de mayo de 2015

Oficinas del GEAM en la Costa del Sol

Término municipal de Benahavís

Cris

Obviamente si estoy aquí es porque he sucumbido al poder del vil metal. Vamos, que mi ex tenía razón y ya está bien de estar a la cuarta pregunta para cuadrar las cuentas cada mes. El incentivo económico ha sido determinante, porque ya ni me acuerdo de lo que es tener saldo suficiente en el banco por si se te estropea la lavadora y hay que comprar otra. Y ya ni hablemos de una avería en la caldera de gas.

—Buenos días a todos —nos saluda Jaime y nos hace un gesto para que tomemos asiento—. La reunión de hoy es la última antes de iniciar el operativo. Podríamos decir que es el ensayo general antes de levantar el telón.

—La señorita Matallana lleva ya una semana trabajando en el Ice Star Club y nos ha informado de los horarios del dueño —nos dice Julio.

—Mira cómo tengo las manos de la puta lejía —se queja Olga, mostrándomelas—. Espero que al final me den una medalla al mérito policial, y de las buenas.

—Señorita Matallana, ¿podría hablarnos del interfecto? —le pide Julio.

Olga se pone en pie.

Nos explica que, si bien le ha sido imposible verlo en persona, porque es un tipo muy reservado y accede al club por puertas diferentes a las de los empleados, e incluso disfruta de un ascensor privado, tiene el despacho en la tercera planta del edificio y vive en la cuarta, desde donde lo controla todo. Ha podido averiguar que el próximo domingo, es decir dentro de dos días, tiene una reunión en el club de golf y que será una buena oportunidad para entrar en acción.

Eso significa que yo tengo que entrar en acción.

—Gracias, señorita Matallana. Y no se preocupe, la propondré para esa medalla —comenta Jaime con su fina ironía.

Desde nuestro encontronazo en abril, solo lo he visto dos veces y en ambas se ha comportado con respeto, eso quiere decir que está con alguna. Miro de reojo a Eugenia y la veo muy suelta y sonriente. Una de dos, o el código binario la excita, o se lo está montando (o está a punto) con mi ex. O las dos cosas.

Jaime señala al novato y este, con una tableta en la mano, dice:

—El despacho de la señorita Líster ya está casi acondicionado. Lo hemos alquilado y hemos puesto anuncios, para que todo sea más creíble. Respecto a la actividad, no hay problema, pues agentes de absoluta confianza se harán pasar por clientes.

A ver, expliquemos esto. Han alquilado un adosado en las afueras, en el que nos encontramos ahora, que me servirá de vivienda, consulta y, de paso, de cuartel general del GEAM. Tampoco es para tirar cohetes.

Vaya con Antonio, qué eficiente en su labor logística y eso que parecía un poco paradillo el chaval. Al final va a resultar que mi ex tiene buen ojo para elegir colaboradores.

—La señorita Galán, bajo su tapadera de secretaria, tendrá su puesto de trabajo en la consulta. A nadie le extrañará y de ese modo podrá controlar todos nuestros dispositivos.

—¿Secretaria de quién? —pregunta Eugenia, y mi ex, disimulando una sonrisa, me señala.

Genial, pienso, su nuevo ligue es mi secretaria.

—Eso no es lo que habíamos hablado —protesta la informática.

—Huy, a saber qué trato tenían estos dos —murmura Olga a mi lado; se ha coscado de que entre Jaime y la informática hay algo.

—Señorita Galán —responde Jaime, con su tono seco de ordeno y mando—, se ha decidido así. Antonio, continúa.

—La vivienda unifamiliar de la señorita Líster, al estar ubicada en las afueras, en una urbanización de clase media-alta, dará sensación de respetabilidad.

Eso habría que demostrarlo, teniendo en cuenta cuál es mi misión.

—De esa forma queremos transmitir que es una profesional con ingresos altos —prosigue Antonio—. Ya tenemos a nuestra disposición el Jaguar procedente del parque de vehículos requisados, al que, por supuesto, le han cambiado la matrícula.

Jaime me había explicado que para este operativo dispondríamos de recursos suficientes, pero todo esto me parece una pasada.

—Y, desde luego, la nueva documentación —añade el novato, y Julio se me acerca con un sobre, del que extraigo mi nuevo DNI, carnet de conducir, tarjeta sanitaria...—. A partir de ahora serás Milena Arregui.

—¿Milena? —repito.

—Lo eligió el comisario —dice el novato, señalando a mi ex.

A saber por qué ha escogido ese nombre. ¿Será una antigua amante?

—Surgió sin más —explica Jaime, y ha sonado a excusa.

Después, si me acuerdo, se lo preguntaré en privado.

—Te hemos preparado una historia familiar convincente —prosigue Antonio, mientras leo por encima mi «pasado».

Por lo visto, soy hija única y me he criado en un ambiente familiar de esos de película, aunque perdí a mi padre cuando era una adolescente. Desde luego, han idealizado a base de bien mi verdadera historia. Veamos qué más han escrito...

—Joder, ¿me detuvieron por hurto? ¿Tres veces?

—A ver, debemos empatizar con el objetivo, no puedes ser la mujer perfecta. Con un pasado delictivo, serás más atractiva a los ojos de un mafioso —explica mi ex.

—¿Y no podía ser como todo el mundo y tener multas de aparcamiento? —arguyo molesta.

—También coqueteaste con las drogas —añade Antonio en voz baja.

—¿Y no atraqué un banco?

—No, solo delitos menores —contesta Julio.

Yo, por si acaso, sigo leyendo.

Si lo de mis antecedentes tiene tela, lo de mi historial sentimental hace que me entre dolor de estómago.

—¿Viuda? —pregunto, mirando directamente a mi ex.

—De un policía, sí —me confirma el novato, que por lo visto aún no sabe que Jaime es mi ex.

—Huy, chica, qué pasada —murmura Olga—. Yo fregando váteres y tú delinquiendo. Te odio.

—Por lo visto me he reformado —comento, y pongo los ojos en blanco—. A todo esto, ¿y por qué soy viuda?

—Porque... —Jaime, en vez de responder, mira a Julio en busca de ayuda.

—Estoy esperando.

—Porque de esa forma se sentirá atraído hacia ti —contesta Eugenia, que por lo visto tiene más información de la que yo pensaba—. Para los tipos como este, resulta irresistible acercarse a la viuda de un poli. Ya deberías saberlo, eres psicóloga.

—Señorita Galán, por favor —la reprende mi ex.

Es evidente que la informática me la tiene jurada. Va a ser mi secretaria y, aunque todo sea un montaje, eso, por lo visto, la joroba.

Pues que se joda, que yo no he organizado el operativo.

Y si quiere ligar con mi ex, enterito para ella.

—¿Algo más que deba saber sobre mí misma?